

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2013

USE LAHOZ

EL AÑO
EN QUE

ME



ENAMORÉ



DE



TODAS



(A)*
*ÁMBITO
cultural


ESPASA

USE LAHOZ

EL AÑO
EN QUE
ME
ENAMORÉ
DE
TODAS

ESPASA © NARRATIVA

© Use Lahoz, 2013

Esta edición está publicada de acuerdo
con Use Lahoz, c/o MB Agencia Literaria S. L.
© Espasa Libros S. L. U., 2013

Diseño de cubierta: más!gráfica
Imágenes de cubierta: más!gráfica y
© Gettyimages / Adam Hester / Paul Bradbury / Vladimir Piskunov

Depósito legal: B. 2.387-2013
ISBN: 978-84-670-2543-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rotapapel, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Para mis superhéroes reales:
Simón Muntadas, Lucía Soriano,
Unai Gómez y Tito Martín,
por las risas sin límite
en las proezas fundacionales.*

«El sentido de nuestra vida es su aventura en el tiempo»

CLAUDIO MAGRIS, *El infinito viajar*

«Il pleure dans mon coeur comme il pleut sur la ville»

PAUL VERLAINE, *Ariette III,*
Romances sans paroles

PRIMERA PARTE

ESCRITO EN LA DERIVA

1

Cada vez que mi madre y yo sufríamos una decepción por amor acudíamos al taller de Monsieur Tatin para que nos reparase el corazón. Por eso, antes de trasladarme de París a Madrid para reencontrarme con la última mujer que me lo había parado en seco, fui a visitarle.

En aquel momento yo vivía a la deriva. Me asaltaban los miedos y la indecisión que precede a todo viaje con riesgo.

Michel Tatin reemplazaba las piezas de algún motor y asomó la cabeza desde los bajos de un coche:

—*Mon petit Sylvain* —dijo, levantando la vista—, ¿pasa algo?

—Me voy —dije.

En mi rostro brillaba la sombra de un interrogante derramado sobre el futuro.

—¿Otra vez?

Levanté los hombros. La rapidez de reflejos nunca ha sido mi fuerte. Hasta que Monsieur Tatin no se puso en pie no pude hablar.

—Es la última, un año más, y se acabó.

—Eso nunca se sabe, pequeño... —Tuvo razones para echarse a reír—. Vamos para dentro...

No solo había venido para despedirme, así que le seguí al interior. Me desprendí de cazadora, jersey y camisa. Monsieur Tatin encendió los focos que iluminaban la plancha de operaciones y se pasó un trapo por las manos. Dio un trago de agua y se remangó. Con el torso descubierto, dejé que hiciera su trabajo: extrajo el corazón, lo sostuvo entre las manos y, con sumo cuidado, lo colocó sobre la chapa metálica para manipularlo con

sus herramientas. Respiré hondo y percibí la mezcla de serrín, grasa y neumático. Aquel taller era el parque de mi infancia.

—Oh, Sylvain... estás confundido —hablaba al tiempo que examinaba—. Te acercas a los treinta, ¿verdad?

—Sí, peligrosamente.

—De ahora en adelante debes tener mucho cuidado. Ya no estás para hacer tonterías. ¿Dónde vas esta vez?

—A Madrid.

—¿Está Heike allí?

—Me temo que sí.

—¿La has avisado?

—No.

—Para que te vayas protegido debes prometerme una cosa.

—Sí...

—Vive sin miedo, siendo tú mismo. Yo me hago cargo de tu madre. Bebe con cuidado, pero con confianza, ¿de acuerdo? Y, sobre todo, el corazón está para usarlo. No lo dejes en barbecho.

—De acuerdo.

—¿Estás fumando últimamente?

—No, casi nada.

—Pues deberías... un paquete y medio al día, desde primera hora... Te ayudará hasta que pase el primer mes.

—Así lo haré, Monsieur Tatin.

—Recuerda que la paciencia es un invento de los adultos. Socialmente, está mejor vista que la bebida, la defienden los que ya no pueden tener nada más que paciencia. No hagas caso, tú, sin miedo; lo importante es que llegues a mi edad con vivencias de las que arrepentirte, ¿me sigues, pequeño?

Asentí persuadido.

—El amor trae un defecto de fábrica: se quiere a quien te llena un vacío. Disfrutarás de él si asumes ese punto de partida, ¿me escribirás?

—Por supuesto.

Salí del taller de la Rue Parrot dispuesto a empezar de cero. Parecía que las dudas se habían disipado. Para mi madre y para mí, Michel Tatin era un sabio, un ser imprescindible. Observaba la realidad instalado en la meseta de la vida, una ubi-

cación inalcanzable para nosotros. Caminé hasta Bastilla y cogí el metro para llegar cuanto antes a casa y terminar la maleta.

Así empezó el mejor año de mi vida. Y por más que hayan pasado varios desde entonces, para mí aquel aún no ha terminado.

Era febrero de 2005. Tres meses antes había vuelto de Montevideo, donde cumplí un *stage* para la agencia internacional France Press. Había trabajado tanto que regresé a París convencido de que me harían fijo y en menos de nada estaría cubriendo eventos por el mundo. Pero pasaban los días y no sonaba el teléfono. En la agencia, el jefe de sección siempre estaba reunido.

Una tarde de enero me llegó un *e-mail* del subdirector de *L'Express du Jour*, un periódico gratuito de vagones y estaciones de metro. Buscaban un corresponsal bilingüe en Madrid que enviara crónicas semanales en francés. Sería una prueba, durante un año. Manejaban el perfil de periodista joven, solícito y barato.

Quedamos en vernos en Odéon. Fui a la cita sabiendo de antemano que aceptaría. No firmamos nada. Aquel directivo me ofreció un ordenador portátil, obsequio de la casa. Solo me pagarían seiscientos euros brutos al mes, pero invité encantado al café que nos tomamos en Les Éditeurs.

De pronto, los años viajando de un lugar a otro, las vueltas en la cama y los sondeos de quimeras se fundieron y un apacible peso me bajó los párpados. Sabía que en Madrid seguía viendo Heike Krüger.

2

Heike y yo nos habíamos conocido cuatro años atrás en Florencia, donde nos reunió la beca Erasmus. A primera vista, no nos caímos bien. En una de esas cenas colectivas en las que nadie se conoce, la divisé sentada en una esquina de la mesa junto al lambrusco. Cuando le rogué si podía acercarse vino hacia mi zona, cogió una botella sin abrir y la lanzó. De milagro, la agarré un segundo antes de que estallara mientras ella se partía de risa. No lo tomé como un presagio, tal vez me equivoqué.

En febrero nos liamos. Me bastaron dos días de complicidad y buen sexo para enamorarme como un becerro. A Florencia llegaba la primavera anticipada y mi residencia del Oltrearno era una noria capaz de subirme al cielo y posarme sobre una nube para dormir una lasciva siesta junto a ella. La felicidad cabía en mi mano y no tenía sueño.

Cuando terminó el curso, la decepción me limaba el instinto. El reloj que yo creía detenido desde el primer beso había seguido en marcha. Después de tanta intensidad, tenía dos opciones: volver a París con mi madre o seguir a Heike allá donde fuera.

También es fácil adivinar qué hice.

Ella vivía en Hamburgo. Alemania. Norte. Frío. Pero por estar con ella hubiera subido al Everest sin botella de oxígeno.

Decidí tomarme un trimestre sabático y aparecí en Hamburgo en octubre. A pesar de la nieve y las desavenencias domésticas, en su piso lo pasamos bien. Había calefacción y espacio. Solía visitarnos su hermano pequeño, Michael Krüger, con quien luego mantuve contacto; un tío divertido que cuando se tomaba dos copas explicaba los chistes como nadie. Después de fin de año tuve que volver a París. Tenía que terminar la

carrera, que la tenía olvidada por completo. Con las cosas simples suelo ser olvidadizo.

Pero la cosa no se quedó ahí.

La distancia empezó a enmarañar el amor, a ratos lo idealizaba y a veces lo colgaba de una llamada de teléfono como se tiende un pantalón deshilachado. Cualquier excusa me servía para abandonar las clases y plantarme en Hamburgo. Si Heike me decía que no le iba bien que fuera ese fin de semana, mi razón se perdía por un laberinto de celos y temores. Iba. Lo que me esperaba era discusión, culpa, suspicacia. No era la misma Heike de Florencia. ¿Dónde estaba la chica impulsiva, dispuesta a coger el primer tren rumbo a cualquier lugar? Ahora llevaba la responsabilidad al extremo, como si quisiera medir todo con su regla y su cartabón. Si dejaba un vaso mal colocado, si me olvidaba de limpiar la cafetera o si al hacer la cama no quedaba la almohada en la posición que ella quería, ardía su carácter y la tomaba conmigo. Y peor era cuando, mientras planchaba su ropa, decía: «Tu problema es que me quieres demasiado, eso no es sano». Volvía a París derrotado. La llamaba de nuevo. Le pedía unas disculpas que ella no aceptaba, porque decía: «Eres así, no tengo por qué perdonarte». Y de esta manera conseguía que me odiase a mí mismo y la odiara a ella. Me tenía rendido.

Al cabo de dos años, después de haberme arrastrado como un perro por todas las calles que ella iba pisando, me dejó, por teléfono, con la ruina en el bolsillo y en los ojos. Yo estaba en Roma, haciendo unas prácticas en una revista.

No había conseguido olvidarme de ella.

Desde entonces, nunca más la había vuelto a ver. Aunque a veces, cuando abría el congelador, estaba ahí, junto a los cubitos de hielo, sin hacerme caso, concentrada en lo suyo.

Tras acabar Arquitectura en Hamburgo, Heike Krüger, española de padres alemanes, había regresado a Madrid, ciudad donde había pasado parte de su infancia. Según amigos comunes, ocupaba un cargo significativo en un estudio de jóvenes arquitectos.

Cuando me subí a un avión en Charles de Gaulle con mi portátil y mi mundo, otra vez, a los veintiocho años por estrenar, yo sabía bien dónde vivía Heike Krüger.

Me apasionan las novelas que tratan las segundas oportunidades. Si cada vida es una novela, la novela de mi vida está llena de ellas.

Y quizás por eso, por sentir que estrenaba una nueva etapa y que estaba abriendo un regalo, en la servilleta que le pedí a la azafata de Air France, escribí:

Je sais bien que tes yeux parlent, mais personne ne les écoute jamais, je sais bien que je connaîtrai la face en verre de ta taille, n'hésites pas, mon amour, je t'attends. Même si personne ne les écoute, je sais bien que tes yeux parlent. Je sais bien que je finirai par découvrir la face invisible de ta taille. Ne renie pas, n'hésites pas, mon amour, j'attendrai ton retour.

3

Caían cuatro gotas cuando aterricé en Barajas, pero comparado con París, el frío de Madrid era una broma.

Me vino a buscar Jacobo, mi mejor amigo de la época de Roma. Él estaba allí con una beca Erasmus. Nos pasamos el año de fiesta en fiesta. Teníamos esa edad en la que no existen obligaciones ni se teme a la vergüenza.

Había venido un par de veces a París y durante mi estancia en Montevideo no hubo una semana en la que no me escribiera. Era de Madrid y después del Erasmus regresó para terminar Sociología. Ya trabajaba. De camino en su Fiat Punto habló de la vida laboral y los impertinentes madrugones. Vivía en Marqués de Vadillo con unos colegas. Insistió en que me quedara en su casa el tiempo que necesitase, pero me advirtió de que a partir de las doce venía otro inquilino, el Flopi, que les había alquilado el salón por las noches a cambio de que pagara los gastos de luz, gas y agua.

Cuando llegamos, entendí la situación. Era un primer piso con vistas al estadio Vicente Calderón y a la M-30. El ruido de la avenida se mezclaba con la atronadora música que comprimía el salón. Los compañeros de Jacobo tenían pasión por el desorden y el ánimo brillaba en sus ojos de forma difusa. Ocupaban sillones y sofás con posturas insólitas.

Uno de ellos se esforzó y me tendió la mano.

—Tú eres el Sylvain, el francés, ¿no? —pronunció mi nombre tal como se escribe.

—Sí, sí.

—¿Qué pasa, tronco? Yo soy el Johnny. ¿Te quedas unos días?

—Hasta que encuentre algo —dije.

Jacobo me condujo a su habitación para que dejara las cosas. Era tan pequeña que la maleta grande no cabía entre la pared y la cama, por lo que tuve que ponerla en el pasillo.

Me costó aceptar que tendría que dormir en el salón. Ni siquiera el taller de Monsieur Tatin, que era un cajón de sastre, estaba tan desorganizado. Recordé la casa de mi madre en París, las sábanas limpias, el suelo limpio, las estanterías limpias.

En la cocina, una montaña de vajilla se apilaba en el fregadero. Mientras sacaba del congelador unos filetes que llamó rusos, Jacobo preguntó:

—Y de esta, ¿sabes algo?

—Pues no mucho, sé que está por aquí. Ya la veré, supongo...

Por su culpa vislumbré a Heike en una playa de La Puglia, los dos jugando en la arena a que nadie viera mi mano entre las toallas. Por encima de la mugre, repasé la tonalidad de su piel y la insolencia de aquel biquini.

Jacobo encendió el fuego bajo una sartén pegajosa. Giré la vista y en la puerta de un armario vi un texto de Charles Bukowski que explicaba que el estado de una cocina es reflejo de la personalidad de un hombre: «El que la tenga pulida y ordenada es un hombre frío, calculador, de cemento y de cualidades espirituales detestables, quien jamás la limpie demuestra poseer lucidez y libertad de pensamiento».

Después de cenar se compadecieron del francés recién llegado y todos se fueron a cámara lenta en busca de sus camas.

Cansado y mareado, caí en el primer sofá que me brindaba Madrid. Ni siquiera me atreví a desvestirme. Me tapé con una manta. Mañana sería otro día. Tenía que buscar piso cuanto antes.

El sueño se apoderaba de mí. Era más de la una. Contaba números hacia atrás: diecisiete, dieciséis, quince, catorce, trece... y, entrando en el letargo, un portazo me despertó. Llegó acompañado por el eco de unos pasos y el tintineo de unas llaves. Le siguió el estrépito de otra puerta. Se encendieron las luces.

Un tipo bajito, con una larga coleta y unas zapatillas de deporte de suela estratosférica, caminaba por el salón.

—¿Qué pasa, tronco? Soy el Flopi —anunció con voz animada.

—Yo soy Sylvain, amigo de Jacobo.

—¿El francés?

Asentí. Tanta luz de golpe me hería los ojos. Me incorporé y doblé la almohada.

—No te molesta que juegue un rato a la Play, ¿no?

No sabía a ciencia cierta lo que me estaba diciendo.

—Tranqui, que apagaré la luz y me encenderé la lamparita —se fue explicando—. Yo duermo por el día en casa de mi vieja y prefiero pasar aquí la noche, más despejado... ¿Sylvain qué más?, ¿cómo es tu apellido?

—Saury —dije—, pronunciado Sogguí.

Desde su feliz apariencia, el Flopi me buscó con la mirada. Descubrí una sonrisa mientras decía:

—Sylvain Saury... ya ves, ya te vale, tronco... Entonces, tú eres el que estuvo en Italia y en Uruguay, ¿no?

—Sí, soy yo...

Cuando pensé que ya no lo escucharía más, el Flopi, entre los incomodísimos ruiditos del videojuego, dictó sentencia:

—Pues ni París, ni Montevideo, ni Roma, ni pollas, como Madrid no hay nada... ya lo verás...

¿Era esta la escena de aterrizar en Madrid que salía en mis sueños? De ninguna manera. Desvelado, agarré un trozo de papel y un boli que encontré por el suelo. Procurando que el Flopi no me viera, pensé en la postal que debía enviar a Monsieur Tatin y escribí:

Je suis une valise, je vais d'un côté à l'autre sans point fixe...

4

Tras una semana viendo zulos y cuchitriles a precio de oro, llamé a Paula, otra amiga de la época de Roma. Era gallega y terminaba Filosofía en Madrid. Aunque la desperté, se alegró de oírme. Yo asentía desde Marqués de Vadillo, a dos pasos del metro, donde el ruido de las obras, filtrado a través del barullo de los coches, apenas me permitía escuchar. Quedamos en que iba a comer a su casa.

Según Jacobo, lo mejor que podía hacer si quería vivir en el centro era bajarme en La Latina o en Lavapiés y recorrer las calles mirando anuncios en los balcones y comprar el *Segunda Mano*. En el trayecto introduje en la memoria del móvil los contactos que tenía escritos en un papel del que por fin pude desprenderme. Al subir las interminables escaleras de la parada de La Latina, me choqué con un Madrid castizo y un ambiente de barrio que me hizo respirar el aire frío de febrero con agrado. Desayuné en un bar. Sobre la barra descubrí la edición española del periódico gratuito para el que trabajaba en París. Leí por encima algunas noticias.

En aquel momento me llamó Belén, también amiga de Roma, que qué bien que estuviera en Madrid, que ya le habían contado Jacobo y Paula, que por qué no quedábamos para tomar el aperitivo. Nos citamos en la glorieta de Bilbao.

Así estaba. Lleno de planes y caminando sobre el recuerdo de Heike, porque yendo de Tirso de Molina a Lavapiés entendí que, de lejos, hasta el olvido se transforma. Es probable que en Madrid no tuviera tiempo ni para acordarme de ella.

Ante mí se desplegaba la mañana, los primeros días en la ciudad. Mi curiosidad era una hormiga inquieta que lo quería saber

todo. Gozando del paseo pensé en mi madre. La semana anterior, mientras cerraba la maleta en la Rue de Lancry, me había dicho:

—Te vas por Heike, ¿verdad? Ten cuidado, que en Madrid no está Monsieur Tatin.

Ella me entiende porque somos parecidos. Cuando nos daba por ilusionarnos con alguien, no había quien nos detuviera y luego venía el batacazo. A dos calles nos esperaba el taller de nuestro amigo, que nos remendaba el sinsentido. Si no fuera por ese temperamento peculiar, yo no estaría aquí.

Les cuento: poco antes de que muriera Franco mi madre decidió abandonar su pequeño pueblo de Cuenca. Fue en autobús a Barcelona, donde cogió un tren camino de Bruselas para encontrarse con unos tíos segundos que se habían ido en la posguerra y que, según le contaron por carta, tenían trabajo para ella. El tren hizo parada en París, donde había que cambiar de estación. Y en el trayecto en metro que va de la Gare d'Austerlitz a la Gare du Nord se enamoró de un hombre veinte años mayor que le ayudó con el equipaje en unas escaleras. Nunca llegó a Bruselas. El tipo le mostró los encantos de París desde el mediodía hasta la noche, para luego acorralarla en un hostel las trece horas que necesitaron para engendrarme. A la mañana siguiente, mientras mi madre empeñaba un reloj para comprar el marisco de mayor calidad que hubiera en París con intención de cocinar la mejor de las paellas en el piso que aquel señor le juró que tenía en el Boulevard Saint-Germain y celebrar el amor, Monsieur Saury debió de volver a la Gare d'Austerlitz, no se sabe si a por otra extranjera o a coger un tren, porque mi madre ya no lo volvió a ver. Desapareció. En la habitación ya no había nadie, pero en la recepción sí: la factura, que pagó con el pescado. Como era tanto, y tan bueno, la patrona le ofreció quedarse hasta siete noches.

—Puede que sean más —añadió ella.

Lo de Monsieur Saury no le dolió más de dos semanas, ni siquiera sabía su nombre, pero le había gustado tanto la ciudad que le enseñó que quiso probar suerte. Si la cosa se ponía fea, Bruselas seguía estando a pocas horas en tren. Buscó trabajo. Se colocó como limpiadora en el metro de París. Iba de estación en estación con su inseparable compañera Chloé. Una, escoba y recogedor; la otra, mopa, trapo y cubo. A los dos meses reparó en

que estaba embarazada. Gracias a su bondad, conoció a gente extraordinaria que le ayudó con los papeles y los médicos.

Con lo que traía pagó por adelantado unos meses de alquiler de un pisito en Bastilla que terminó siendo nuestro. Siete meses después Chloé le suplicó que dejara de trabajar, pero mi madre tenía tanto miedo a perder el empleo que decidió seguir. El resultado de su empeño fue que rompió aguas en la misma Gare de Lyon un lunes a las siete de la mañana. Hora punta. Suerte de Chloé, que empezó a gritar insensatamente para que la marabunta abriera el paso y, entre unos y otros, levantaron a mi madre y así subió las escaleras en brazos de un montón de hombres; algo premonitorio, sin duda. Uno de ellos no permitió que fueran en taxi y metió a las chicas en su coche, sacó un pañuelo para que Chloé lo zarandeara por la ventanilla, la emprendió con el claxon y las dejó en la misma entrada de partos de la maternidad.

—¡Ay, Chloé!, ¡qué hombre...! Un hombre como este es lo que yo quiero... ¿Cómo era? —tuvo tiempo de decir mi madre desde la camilla mientras Chloé le pasaba el pañuelo por la frente—. ¿Te has quedado con su pañuelo, verdad?

—Sí, nena, sí, lo tengo. Era del montón...

—Pues guárdamelo, que quiero algo suyo.

—Claro, cielo, todo tuyo.

Así somos mi madre y yo, siempre que necesitamos ayuda la encontramos. Ella opina que en las estaciones puede pasar de todo, que son como ciudades a menor escala, un mundo por el que transitar con los ojos abiertos y predispuesto a las sorpresas porque una vida sin estaciones no es vida.

Un año después, y tras haber andado preguntando aquí y allá, Monsieur Saury acabó dando con mi madre un sábado para saber si la paella prometida estaba todavía caliente o si se había enfriado. Helado se quedó él al ver que el carrito que conducía mi madre no era un adorno y que algo pataleaba en su interior. Fueron a pasear. Aquel día subieron hasta el último piso de la Torre Eiffel y allí el hombre del misterio preguntó por mi nombre:

—Sylvain.

Mi madre lo vio ponerse de puntillas y, con una llave que sacó del bolsillo, haciendo un heroico esfuerzo que le hizo su-

dar considerablemente, grabó unas letras en el techo, lo más alto que pudo: SYLVAIN, y luego escribió su apellido: SAURY. Aquel gesto enterneció de tal modo a mi madre que decidí ponerme su apellido. Ella es así, hace este tipo de cosas. Pensó que cada año iba a reaparecer para darnos una alegría, pero se equivocó en el cálculo.

Hasta hace poco, en ese piso de la Torre Eiffel, todavía podían leerse mi nombre y mi apellido tallados en el hierro, pero hoy en día, como estaba muy oxidado, los de la intendencia ya lo han pintado.

De eso hacía veintiocho años, pensaba en la calidez del Café Barbieri, donde había hecho un alto en el paseo. Me quedé embobado en el recuerdo mientras con una cucharilla daba vueltas a una taza en la que cabía todo mi pasado.

Parecía que no dolía acordarse de Heike, pero era una apariencia. Solo con sospechar el reencuentro, un estremecimiento enfriaba mi nuca. ¿Había venido a Madrid por ella? No lo sé. ¿Había venido a olvidarla? Ni idea. Hay cosas que nunca logro tener claro. Todas las chicas que entraban al Barbieri me parecían ella. Apagué un cigarro y encendí otro. Si me hubiera visto Monsieur Tatin, habría estado orgulloso.

Observaba la calle tras los ventanales del café. Entre el trasego de bandas de pakistaníes, el humo y un coche de policía, me asaltaba la Heike del principio, la de los viajes y las fiestas, a menudo salvaje y siempre decidida. Tenía razón Monsieur Tatin cuando decía que las ciudades son el estado de ánimo de quien las vive. Sí, lo percibí en los ojos y en el pantalón: estaba entrando en sábanas pasadas y la pereza de la mañana había saltado por la ventana y me estaba viendo con ella haciendo demasiadas cosas.

Me tuve que ir del café porque había quedado con Belén en un bar de la calle Luchana para tomar el aperitivo. La encontré igual de despistada que en Roma. No había cambiado nada. En cuanto terminamos las primeras cañas pedimos otras dos, y después dos más, y cuando se hubieron terminado, dos más antes de las dos últimas a las que nos invitó la casa... Las cañas, esas sí que ayudan al desarrollo, ¡que me ahorquen si me dejo una a medias!

Me despedí de Belén rápidamente para ir a casa de Paula. Vivía en la calle Cardenal Cisneros. Transmitía el entusiasmo

de siempre. En su salón reinaba el desorden. En un florero había cubiertos y sobre los libros ceniceros, mecheros, papeles, post-its y demás trastos. Nos sentamos a comer espaguetis (no podía ser de otra manera). Comentamos mi nuevo trabajo y la dificultad de encontrar piso en Madrid. ¡Qué bien me sentía inaugurando nueva vida! También hablamos de amigos comunes y de la suerte de volver a coincidir. Paula dijo que me quedara el tiempo que quisiera, que ya lo había hablado con su compañera y no le importaba. Todo fluía, salvo cuando me preguntaba por Heike y no sabía qué responder.

Unos pasos avanzaron por el pasillo. Levanté la vista del plato y dejé de masticar.

—Esta es Iria —dijo Paula mientras rellenaba las copas.

Podía haber comido con Belén en el bar donde nos habíamos tomado las cañas, podía haberme quedado en Marqués de Vadillo mirando al Flopi jugar a la Play o incluso podía haber empezado a escribir crónicas. Pero no. Tuve que venir a casa de Paula, beber dos vasos más de vino y ver a Iria de frente para que mi mente dibujara una historia de efervescencia mutua.

—Hola, chicos... Tú debes de ser Sylvain, el amigo de París, ¿no?

—Sí, soy yo. —Arrastré la silla, me puse en pie para darle dos besos.

—¿Qué tal te trata Madrid?

Aunque cueste creerlo, tardé en responder. El alcohol cumplía con su función anestésica.

—Me tiene todo el día buscando piso, pero, por lo demás, bien...

—Buscar piso es complicado... Lo mejor es que preguntes a amigos, aquí te puedes quedar lo que quieras...

Encendí un cigarro y seguí callado. En aquel momento, mi mayor deseo era tener a mano una servilleta en la que escribir, pero visualicé una Moleskine en la estantería de Paula y me imaginé a Monsieur Tatin recibiendo una carta que decía:

Il y a des amours qui meurent pour des raisons linguïstiques, et je sais maintenant que je ne suis pas un survivant, mais un surveillant de ma propre peur...



Esta es la historia de Sylvain Saury, un joven parisino adicto a la vida que se acerca peligrosamente a los treinta y que sufre el síndrome de Peter Pan. Tiene muchas virtudes: es sensible, bilingüe y sabe hacer amigos, pero también tiene grandes defectos: en cuestiones de amor no consigue pasar página, tiende a meterse donde no le llaman y el verbo ‘madurar’ le asusta.

Cuando recibe la propuesta de un trabajo mal pagado en Madrid no se lo piensa: prefiere vivir allí a salto de mata que hacerse adulto en París. Y, además, en Madrid vive Heike Krüger, su exnovia alemana, a quien no ha conseguido olvidar.

Mientras se instala, Sylvain va trazando el plan de reconquista de Heike, pero el inesperado hallazgo de un manuscrito cambiará sus planes y le abrirá una ventana a una historia emocionante, llena de sorpresas y casualidades. Esta lectura trastocará su brújula y le recordará la gran verdad oculta tras la frase con la que le despidió de París su amigo Michel Tatin: «El corazón está para usarlo».

El año en que me enamoré de todas es una comedia romántica, con víctimas y culpables de las relaciones a distancia; una celebración de la intensidad de la vida, la amistad y el amor, llena de personajes luminosos que nos reconcilian con el mundo y nos demuestran que todo es posible.

